

BIBLIOGRAFIA

EL DESARROLLO DE LA SOCIOLOGIA MILITAR EN LOS ESTADOS UNIDOS

En el pasado, y en todas partes, incluidos los Estados Unidos, la Sociología ha prestado muy poco interés a la sociología militar. La mayoría de los sociólogos se han dedicado, casi por completo, al estudio de la sociedad en tiempos de paz. La realidad es que el concepto darwinista del origen y naturaleza del hombre redujo al mínimo las diferencias entre hombres y animales, y preparó el camino a las distintas teorías contrapuestas sobre la sociedad, a las que las ideas de Darwin sobre la selección natural sirvieron de base científica (Kropotkin, Novikow, Lenin, A. Small, Hobbes, Kant, Marx, Summer, Walter Bagehot, Ludwig Gumplowicz, Gustav Ratzenhofer, Franz Oppenheimer, Gabriel Tarde, Gustave Le Bon, Emile Waxweiler y otros).

Todo ello ha sido, en parte, el resultado de las circunstancias. La guerra, considerada en su totalidad, ha sido siempre una experiencia muy remota para la sociedad americana. El esfuerzo principal de la nación para proteger la seguridad de los Estados Unidos no ha sido realizado nunca para luchar contra invasores extranjeros, como ha ocurrido, durante siglos, en todos los países del continente europeo. De ahí, pues, que el interés de la sociología en América se haya centrado en los problemas sociales domésticos, con ventaja sobre aquellos que son influidos por el curso de los acontecimientos internacionales. Como la sociología americana, en su mayor parte, ha estado bajo el hechizo de la teoría del progreso, las guerras y las actividades con ellas relacionadas han sido consideradas como empresas de un pasado más o menos bárbaro, puesto que se suponía que el progreso científico, la producción industrial, el comercio y, por consiguiente, la civilización, traerían consigo un aumento en la pacificación de los asuntos internacionales. «Es, quizá, comprensible que, en estas circunstancias, la valiosa contribución primera de la sociología europea al análisis de la guerra y de las instituciones militares, haya sido tan ampliamente ignorada por la sociología americana como lo han sido las posteriores contribuciones de los historiadores y científicos militares.» (1). Si bien es cierto que los científicos americanos han producido algunos magníficos estudios en el campo de la historia y del militarismo, de la geografía política y del fenómeno de la

(1) HANS SPEIER: *Social Order and the Rise of War* (editado por George W. Stewart, Nueva York, 1952), pág. 23. *The American Soldier and the Sociology of Military Organization*, págs. 295-322.

guerra en general, es bastante extraño, sin embargo, que el campo de la sociología militar, como una rama de la Sociología, resulta relativamente desconocido y persistentemente ignorado en la forma de cursos normales en las altas instituciones (los sociólogos americanos aceptan como norma un índice definido de respetabilidad). Ello se debe a la peligrosa costumbre americana de relacionar toda la sociología militar con el concepto de guerra, y la guerra, para la mentalidad americana, es algo tan *non-sancto* que es preciso ignorarlo, y, por supuesto, no estudiarlo. Otra dificultad estriba en que este mismo terreno tiene demasiadas ramificaciones «guerreras», y que, frecuentemente, estas ramificaciones se clasifican dentro del campo de la sociología militar (aunque el asunto de la guerra en general, en sentido estricto, pertenece, más o menos, al terreno de la sociología política y no al de la militar) (2).

EL PROBLEMA DE LAS DEFINICIONES

De hecho, hay que buscar a fondo e ir muy lejos para poder fijar, aunque sea una vaga idea general en este terreno. La labor de Hall en este campo, correspondiente a la década 1945-1955, es, no solamente incompleta, sino tan corta —unas tres páginas impresas— que resulta realmente más una simple indicación de la ligera investigación realizada que de las experiencias reales (3). A su vez, el artículo de Walter tiene menos de estudio que de teoría en que basar las numerosas hipótesis que pueden crearse en futuras investigaciones. Probablemente, la definición más racional de la sociología militar es la que nos ofrece Hutchinson, que es un miembro de la División de Ciencias de los Actos Humanos, de la Oficina de Investigaciones Científicas de las Fuerzas Aéreas (Washington, D. C.), el cual declara que «existe menos justificación para que se designe a una parte de la investigación sociológica y del interés educativo, como sociología militar, que la que pueda haber para crear una especialidad como la sociología industrial: la razón de esta afirmación radica en el hecho de que la sociología militar constituye un resumen casi completo de la sociología y de la psicología social. La única diferencia

(2) El mejor resumen sistemático de la literatura que afecta al aspecto social de la guerra es *A Study of War*, por QUINCY WRIGHT (Imprenta de la Universidad de Chicago, 1942), 2 tomos. Los aspectos sociológicos de la guerra aparecen en las páginas 36, 38, 261, 430-435, 1.231-1.233, 1.238-1.243, 1.432-1.444. Uno de los mejores estudios de introducción a la sociología era la obra, raramente citada, del finado WILLARD WALTER, Ed.: *War in the Twentieth Century* (Dryden Press, New York, 1940). Un buen estudio de la guerra en las diversas teorías sobre la cultura y el individuo es *Theories of International Relations*, por FRANK M. RUSSELL (Appleton-Century-Crofts, New York, 1936).

(3) ROBERT L. HALL: *Military Sociology 1945-1955*, págs. 59-62, que figura en *Sociology in the United States of America*, de HANS L. ZETTERBERG, ed. (Paris, UNESCO, 1956). PAUL WALTER, Jr.: «Military Sociology», que figura en *Recent Trends in Contemporary Sociology*, por JOSEPH S. ROUCEK, ed. (New York, Philosophical Library, 1958).

BIBLIOGRAFIA

estriba en que la sociología militar se aplica a la población militar, la apoyan los órganos militares y se usa para la resolución de problemas militares (4).

Aún así, la definición de Hutchinson resulta demasiado limitada. Como él mismo reconoce en su nota marginal, «existen algunos científicos sociales dedicados al análisis de las instituciones militares de los Estados Unidos como aspecto significativo de la civilización americana». Además, Hutchinson no quiere reconocer, o no se da cuenta, de que la sociología militar está directa e indirectamente relacionada con el control social en toda su extensión, el cual se especializa en aquellos procesos, «previstos o imprevistos», por los que se enseña, persuade u obliga al individuo a sujetarse a los usos y valores vitales del grupo (5); y se relaciona también con gran parte, si no con todos, los acontecimientos científicos (inventos, medicina, matemáticas, etc.). Es verdad que es difícil trazar una línea que indique el límite que separa, por ejemplo, la medicina militar de medicina en general; sin embargo, en esta idea sumamente nebulosa de las relaciones, es precisamente donde la sociología militar puede realizar su mayor contribución en el futuro.

LA REPERCUSIÓN DE «EL SOLDADO AMERICANO»

Probablemente, la parte que ha alcanzado mayor desarrollo de la sociología militar, es la de la organización militar, y los aspectos principales seleccionados del acoplamiento a la vida en el ejército, gracias a la aparición de *El soldado americano* (6).

La sociología de la organización militar se basa en el análisis de las normas y costumbres administrativas que regulan su existencia, es decir, en la forma en que se dictan, elaboran y llevan a la práctica las decisiones de la organización. Además, se estudia esta organización, en relación con otras, y especialmente, en lo que atañe a la interdependencia funcional de los organismos civiles y militares, y a la distribución de poderes y responsabilidades entre ellos. Finalmente, existen otros problemas concernientes a este asunto, que nacen de las alianzas militares y que ejercen su influencia en todas las organizaciones militares de la nación: información, seguridad, programación y planes de Estado Mayor, funciones del mando, logística y comunicaciones, procedimientos administrativos (que son distintos en cada nación), la coordinación y el apoyo mutuo de diferentes unidades nacionales, y otros muchos factores que modifican la vida de las organizaciones militares de cada nación.

(4) CHARLES E. HUTCHINSON: «The Meaning of Military Sociology», de *Sociology and Social Research*, XLI, 6, número de julio-agosto, 1957, págs. 427-433.

(5) JOSEPH S. ROUCEK, ed.: *Social Control*. Princeton, N. J., D. Van Nostrand Co., 1956, pág. 3.

(6) SAMUEL A. STOFFER, EDWARD A. SUCHMAN, LELAND C. DE VINNEY, SHIRLEY A. STAR y ROBIN M. WILLIAMS, Jr.: *The American Soldier* (Princeton University Press, 1949). Tomo I, *Adjustment During Army Life*; tomo II, *Combat and his Aftermath*; tomo III, CARL I. HOVLAND, ARTHUR A. LUMSDAINE y FRED D. SHEFFIELD: *Experiment: on Mass Communications*; tomo IV, SAMUEL STOFFER, LOUIS GUTTMAN, EDWARD A. SUCHMAN, PAUL F. LAZARFELD, SHIRLEY A. STAR y JOHN A. CLAUSEN: *Measurement and Prediction* (1950).

En la actualidad se dispone solamente de una pequeña parte de los datos necesarios para un estudio adecuado de la sociología de la organización militar de los Estados Unidos, durante la segunda guerra mundial. Existen relaciones de hechos y estudios analíticos acerca de algunos aspectos particulares del tema, y además, existe valioso material, que figura en las memorias escritas por algunos jefes civiles y militares. Sin embargo, en conjunto, los conocimientos que tienen los Estados Unidos sobre las organizaciones militares alemana y japonesa, durante la segunda guerra mundial, son, al menos en potencia, superiores a nuestros conocimientos sobre la organización militar americana, gracias a que, en los diversos procesos por crímenes de guerra, ha salido a la luz un enorme volumen de información única sobre el potencial enemigo.

El soldado americano viene a llenar muchas lagunas existentes en nuestros conocimientos sobre la organización militar americana, y sobre los procesos sociales que tienen lugar dentro de su estructura. Su contribución, como señala Stouffer, es «un filón de datos, acaso sin precedentes, por su magnitud, en la historia de cualquier empresa aislada de investigación sobre psicología social o sociología» (7). Su aparición fué acogida por un coro, casi universal, de entusiasta bienvenida. Por ejemplo, el profesor Gordon W. Allport, de la Universidad de Harvard, se expresó en brillantes términos, al hacer la crítica de la obra: ... «Fué preciso el cataclismo de la guerra, para que se disolvieran las barreras de envidia que habían surgido entre las ciencias sociales fundamentales, en las Universidades americanas, y para forzar a diversos tipos de especialistas a cooperar en trabajos de significación práctica inmediata, que exigían un restablecimiento rápido y fundamental de la doctrina académica, y una revalidación de tipo ingenieril. No pretendo con ello decir que la guerra haya completado esta transformación, sino sólo que ya ha iniciado. El profesionalismo arraigado se resiste encarnizadamente a morir. Sospecho que, de ahora en adelante, tendremos que hacer una división entre progresivos y conservadores, en la ciencia social, de acuerdo con sus opiniones sobre *El soldado americano*. Los progresistas lo considerarán poco menos que como un milagro de salvación. Los conservadores dirán que «no trae nada nuevo», y dispondrán convenientemente el plumaje de su complacencia profesional» (8).

(7) STOFFER: Ob. cit., I, 29.

(8) GORDON W. ALLPORT: crítica en *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, XLV (1950), 168-173. Ver también las siguientes críticas: por H. J. EYSENCK, en *The Journal of Social Psychology*, XXXIII (1951), 297-312; por DANIEL KATZ, en *Psychological Bulletin*, XLVIII (1951), 512-519; HENRY ZENTNER: «Morale: Certain Theoretical Implications of Data in The American Soldier», *American Sociological Review*, XVI (1951), 297-307; NATHAN GLAZER: «The American Soldier as Science», *Commentary*, VIII, 5 (noviembre 1949), 487-495; la crítica más sistemática es la de ROBERT K. MERTON: *Continuities in Social Research: Studies in the Scope and Method of «The American Soldier»*, editado por ROBERT K. MERTON y PAUL F. LAZARSFELD (Glencoe, Illinois: Free Press, 1950). También se informa sobre la actitud de los soldados, con respecto a la vida militar; en la obra de C. I. HOWLAND: «Effects of the Mass Media of Communication», que figura en el libro de G. LINDZEY, Ed., *Handbook of Social Psychology* (Cambridge, Massachusetts: ADDISON WESLEY, 1954), 1062-1063; HOWLAND, I. JANIS y H. KELLEY: *Communication and Persuasion* (New Haven: Imprenta de la Universidad de

BIBLIOGRAFIA

La obra da cuenta de los estudios llevados a cabo, en el transcurso de varios años, por la Rama de Investigaciones, de la División de Información y Educación, del Ejército de los Estados Unidos. Al tratar del funcionamiento de la organización militar americana, y de la actitud de los soldados americanos, durante la segunda guerra mundial, ofrece un caso de estudio, muy interesante, de lo que aconteció en las mentes de los ciudadanos, al encontrarse súbitamente trasplantados a una estructura social, en cierto modo, desacostumbrada. (El hecho de que se autorizara tal estudio, e incluso que fuera promovida su realización, por el Ejército, constituye en sí mismo una interesante indicación acerca de la forma en que la ciencia social va formando parte, gradualmente, de una democracia en expansión y desarrollo). Los datos reunidos durante esta labor, fueron remitidos a la Junta de Investigaciones de Ciencias Sociales (Social Science Research Council), en forma de fichas perforadas I. B. M., y de informes confidenciales, a fin de poder realizar un análisis franco e imparcial, libre de toda forma de censura. La labor de la rama de investigaciones, así como la edición de estos volúmenes, fué llevada a cabo por una comisión compuesta de especialistas en psicología, sociología y análisis estadístico.

En lo que se refiere a su contenido, podemos resumirlo brevemente: el capítulo primero del tomo I, «How These Volumes Came to be Produced» («Cómo se originaron estos libros»), presenta una interesante introducción a la sociología y psicología social de alcance institucional, y explica algunas de las dificultades que hubo de superar la comisión investigadora, y la forma en que las superó. Este capítulo nos lleva al siguiente, «The Old Army and the New» («El ejército antiguo, y el nuevo»), que contiene un extenso análisis sociológico del ejército, tal como era antes de iniciarse la guerra, los cambios surgidos, por influencia de los nuevos miembros, y los rozamientos que surgen inevitablemente, por causa de las diferencias de nivel cultural entre el antiguo soldado y el nuevo recluta de la vida civil. La experiencia, en cierto modo brutal, de entrar en contacto por primera vez con los métodos autoritarios del ejército, acarrió numerosas quejas, por parte de aquellos elegidos, que siendo asimilados a los denominados «profesionales», pretendían ser algo más destacado, particularmente aquellos que poseían una educación más elevada. Las críticas no iban dirigidas, no tanto contra el sistema autoritario en sí, sino que se centraban preferentemente en tres formas de ejercer la autoridad. Se estimaba que: 1) El soldado no tenía ocasión suficiente de saber las razones del «por qué» de las órdenes; 2) Muchos de los que ejercían autoridad no estaban calificados para ello, y 3) La autoridad se ejercía de forma como si los que estaban investidos de ella supusieran un nivel de inteligencia sumamente bajo en sus educandos. También se expresaron muchas críticas contra el sistema jerárquico del ejército, considerándolo incompatible con la forma de vida corriente en América, aunque, junto con estas críticas, existía un cierto deseo de lograr un puesto dentro de ese mismo sistema jerárquico. Todas estas críticas y puntos de vista figuran documentados por encuestas de opinión, analizadas luego y desmenuzadas, para sacar a la luz las opiniones defendidas por los distintos subgrupos. Estos análisis se van presentando, durante todo el

Yale, 1953); HOVLAND, A. LUMSDAINE y F. D. SHEFFIELD: *Experiment on Mass Communication* (Imprenta de la Universidad de Princeton, 1949).

libro, en forma, principalmente, de diagrama de columnas, lo cual es una ilustración agradable, sin duda, para la vista, pero poco informativa, desde el punto de vista estadístico.

Los capítulos tres, cuatro y cinco, tratan de la adaptación individual al ejército, analizada según los antecedentes personales de los soldados, y según el tipo de experiencia sufrida en el ejército. Este acoplamiento se estudia en cuatro terrenos principales: 1) Espíritu personal, que trata del sentido de bienestar expresado por el propio soldado, de su opinión sobre su estado físico y sobre la forma en que lo estaba pasando en el ejército; 2) Devoción personal, que trata del sentido de la obligación que experimenta el soldado, de servir en el ejército, y de su voluntad de realizar sacrificios; 3) Conformidad y satisfacción con su posición y su trabajo que trata de la satisfacción, en general, por el trabajo asignado, interés en su tarea, deseos de cambiar de trabajo, etc., y 4) Aprobación o crítica del ejército, que trata de los puntos de vista acerca de la forma en que se lleva el ejército, la posible actitud con respecto al mismo, una vez licenciado, críticas sobre la instrucción y disciplina en el ejército, etc. (No se sostiene que estos cuatro conceptos constituyan una sola dimensión, con respecto a las opiniones, sino que más bien se supone que dan una idea general de éstas.)

Más adelante se presentan pruebas de que los conceptos expresados en cada uno de esos cuatro terrenos de opinión, conseguidos mediante preguntas verbales, están positivamente ligados con los índices de comportamiento, no orales, de adaptación al ejército. Los individuos que expresan verbalmente respuestas que se ajustan al tipo que debe considerarse como signo de buena adaptación al ejército, tienden también a lograr mayor éxito en el mismo midiéndolo por criterios objetivos, como es, por ejemplo, la graduación alcanzada, mientras que los individuos que demuestran mala adaptación suelen figurar frecuentemente entre los seres desplazados por desertión o psiconeurosis.

Mientras que parece existir una tendencia definida entre estos cuatro terrenos a relacionarse entre sí (esta correlación, desgraciadamente, no aparece explícita, pero puede deducirse de los esquemas y tablas de las páginas 91-93), esta relación está muy lejos de ser perfecta, como puede deducirse del hecho, por ejemplo, de que los que poseen mejor educación, tienden a estar más favorecidos que los menos educados, en cuanto a espíritu y vocación personal, pero son menos favorecidos en lo que se refiere a satisfacción por su posición y trabajo, y en cuanto a aprobación hacia el ejército. Los hombres de más edad tienden a mostrar más satisfacción en cuanto a «aprobación o crítica hacia el ejército» y «satisfacción por su posición y trabajo», una postura menos favorable, en cuanto a devoción personal, y casi igual que los más jóvenes, en cuanto a espíritu personal. Los casados demuestran una postura menos favorable en espíritu personal y devoción, que los solteros, mientras que no existe diferencia entre ellos, en cualquiera de los otros dos aspectos.

Se sistematiza un estudio detallado sobre variaciones de postura, con respecto al ejército, refiriéndolas a un concepto de privación relativa, que sirve para reunir una masa heterogénea de datos. Estos datos demuestran que los graduados en enseñanza media y universitaria tienen más posibilidades de ascenso que los que sólo poseen instrucción primaria, o no acabaron sus estudios de enseñanza media, y que, asimismo, tienen menos probabilidad de acabar en un calabozo por desertores, o en un hospital

BIBLIOGRAFIA

por psiconeuróticos. (Sin embargo, estos datos se refieren sólo a tropas destinadas en los Estados Unidos, pero no afectan a desertiones en el extranjero ni a bajas por neurosis en combate.) También demuestran los datos, que los hombres de veinticinco años en adelante, tienen mayores posibilidades de ascenso que los menores de veinticinco, y que entre aquéllos, los comprendidos entre los veinticinco y los veintinueve años tienen mejores probabilidades de abrirse camino, que los mayores de treinta. Los dos grupos divergentes, los desertores y los neuróticos, presentan un cuadro de edades distinto. Los desertores tienden a ser más jóvenes que el soldado medio, mientras que los neuróticos tienden a ser de más edad. Finalmente, controladas la edad y la longevidad, los casados tienen, por una parte, mayor probabilidad que otros para el ascenso, y por otra, si permanecen un año, o más, en el ejército, una mayor posibilidad, en cierto modo, de pasar a formar parte de los desertores o de los neuróticos. Sin embargo, el hecho es que era el matrimonio *después* de ingresar en el ejército, más que el que tuvo lugar *antes* de dicho ingreso, lo que tendía a diferenciar a oficiales y suboficiales, de los simples soldados. El soldado carente de título de enseñanza media, era, con más probabilidad que el hombre de mayor educación, el que solía declarar que había tratado verdaderamente de ser eximido, y le había sido negado. El mejor educado (considerando aún constantes la edad y el estado) tenía, por término medio, menos ansiedad por la situación del padre o la madre dependientes de él, ya que sus padres solían pertenecer, en general, a grupos de ingresos más seguros, relativamente.

Resultan interesantes los datos relativos a las experiencias habidas antes de ingresar en el ejército, durante la niñez o posteriormente en cuanto a su relación a la adaptación al ejército, y a los antecedentes de los soldados. Se hicieron comparaciones, en un cierto número de puntos, entre las reacciones de soldados que demostraban un espíritu más elevado de lo normal, otros de tipo medio, un grupo de neuróticos, y un grupo de desertores. Estas comparaciones tienen un interés fuera de lo corriente, si se comparan los resultados, con lo previsible en función de determinadas teorías psiquiátricas. Si tomamos, por ejemplo, el concepto de hogares deshechos, las diferencias entre los cuatro grupos resultan insignificantes y triviales. Pero el estado de salud en la niñez mostró muy marcadas diferencias entre los grupos, las cuales eran mayores entre los mejor adaptados y los normales, que entre los normales y los desertores, o que entre los desertores y los neuróticos. Un 69 por 100 de los mejor adaptados declararon haber tenido una magnífica salud cuando niños, mientras que sólo un 21 por 100 de los neuróticos hicieron una declaración similar. La sociabilidad demostró grandes diferencias entre los cuatro grupos; la afición a eludir el trabajo, sólo dió una marcada diferencia entre el grupo normal y el de los desertores, mientras que la afición a la lucha sólo dió diferencia, con respecto al grupo normal, al de los neuróticos que, significativamente, sentían menos inclinación a pelear que los demás grupos. De igual modo, declararon haber tenido menos citas con muchachas que los normales o los desertores.

La pregunta «¿Sabe usted si alguien, en su familia, ha padecido algún desarreglo nervioso», no trajo, acaso, ningún descubrimiento revolucionario; los soldados mejor adaptados respondieron «Sí» en un 12 por 100 de los casos; los normales, en un 22 por 100, y los psiconeuróticos, en un 46 por 100 del total. Algo más interesantes son

los datos referentes a que los neuróticos no se consideraron merecedores de castigo, como cuando eran niños. Los temores infantiles estuvieron relacionados, de modo significativo, con los trastornos psíquicos, mientras que la asistencia a la Iglesia no mostró tal relación. La práctica de los deportes fué mejor aceptada por los más adaptados, que por los neuróticos, que formaban parte, en su mayoría, del grupo totalmente opuesto a cualquier deporte, lo cual constituye una confirmación, menos interesante, de una antigua sentencia inglesa.

La variable que a continuación se estudia, en relación con la adaptación del individuo, es el servicio en el extranjero. Los datos demostraron que el espíritu personal tendía a bajar en los hombres trasladados a Ultramar, lo mismo que la devoción personal. En cuanto a la satisfacción por la posición y el trabajo, no se mostró tal descenso, pero había mucha más crítica contra el ejército entre los hombres en Ultramar que entre los que se quedaron en la Patria. En conjunto existían más posturas desfavorables al ejército que favorables.

El capítulo seis trata de la movilidad social, dentro del ejército, y estudio las oportunidades de ascenso, el deseo de ascender y los factores que determinan quiénes han de ascender. La evidencia indica que este problema está muy lejos de haber sido resuelto satisfactoriamente, que este punto de vista es compartido por la gran mayoría de los hombres del ejército, y que el centro del problema está en idear criterios y técnicas objetivas, para poder predecir con éxito cuál es la combinación de calificaciones que un hombre debe poseer, para que sirva mejor de base para dar puestos de responsabilidad. El capítulo siete trata, muy detalladamente, de la asignación de trabajos, y de la satisfacción por el trabajo asignado. Se estudian cuatro formas de estímulo: 1) Deseo de posición en el ejército; 2) Deseo de llevar al máximo experiencias que luego pueden ser útiles en la vida civil; 3) Deseo de reducir las probabilidades de muerte o lesión, y 4) Deseo de reducir las privaciones, con respecto a las comodidades de la vida civil. El capítulo ocho, que trata de las actitudes con respecto a la jefatura y el control social, es un relato descriptivo, y no, como hubiera sido de desear, un informe sobre los experimentos realizados para probar las hipótesis. Además, los datos que aporta, aunque pueden ser de gran interés para el ejército, lo son posiblemente mucho menos para el lector corriente, y no vamos a resumirlos, porque no aparece claro que sus conclusiones puedan ser generalizadas de alguna forma. El capítulo nueve, «The Orientation of Soldiers Toward the War» («La orientación del soldado hacia la guerra»), resume, en una interesante tabla (pág. 432), hasta qué punto son aceptados diversos conceptos de guerra, por los soldados, dando su mayor aprobación a la tesis de que los soldados americanos lucharon para sobrevivir, y otra, en mucho menor grado, a la de que se hizo la guerra para garantizar las libertades democráticas a los pueblos del mundo.

El capítulo diez, que trata de los soldados negros, nos muestra al negro sometido a las mismas dificultades que el blanco, el cual tiende a achacarlas a la discriminación racial, aunque ésta no tenga nada que ver con aquéllas. Los negros, por lo general, tendían a mostrar menos entusiasmo por la guerra que los blancos, y se notó que mostraban mayor resistencia a salir para Ultramar, o a participar en combates reales. Hay algunos datos, particularmente interesantes, acerca del círculo vicioso establecido por la discri-

minación racial, que nos proporciona el estudio del mayor índice de enfermedades venéreas existentes entre los negros. En todos los niveles de educación, el porcentaje de infecciones venéreas fué el 15 por 100 para los blancos y el 50 por 100 para los negros, achacándose esta diferencia, en gran parte, al índice de infección existente entre las mujeres italianas que cohabitaban con los negros. Parece ser que el tipo mejor de muchacha, no se relacionaba con los negros, debido, en gran parte, al ostracismo social forzado por los soldados blancos. Ello obligaba a los negros a unirse a prostitutas, las cuales, a su vez, crearon un estereotipo, que ahuyentaba de los negros a las otras chicas. Los negros preferían servir con oficiales negros, y si tenían que hacerlo con oficiales blancos, preferían a los blancos del Norte a los del Sur.

El tomo II, *Combat and its Aftermath* (El combate y sus efectos), se inicia por el primer capítulo, que trata de ligar la postura con respecto al combate, y el comportamiento posterior en el mismo. Las posturas que en él se analizan son la voluntad de combatir, la confianza en la fuerza para combatir y la confianza en la habilidad para combatir. Se demuestra que la postura con respecto al combate tiene relación con el comportamiento en él; se descubrió que los hombres con mejor educación, los que dan mejores índices de inteligencia en las pruebas, los de más edad y los casados, son los que tienden a tener los mejores índices de rendimiento. Luego viene un capítulo que trata de las características generales del combate en el campo de batalla, de los controles de tipo institucional, y de otras clases, que mantienen a los hombres en circunstancias de combate; otro capítulo explica los estímulos para el combate, entre las tropas en campaña. La consecuencia principal es que los motivos idealistas toman una parte muy pequeña, en los puntos de vista expresados por los hombres. El capítulo cuatro trata de los problemas relacionados con el dominio del miedo, en combate, y explica algunos de los principales procedimientos prácticos del ejército, cuya finalidad es reducir a un mínimo el peligro potencial de los perjuicios producidos por una reacción de miedo insuperable en los soldados; entre estos procedimientos están: la doctrina de animar a los soldados a adoptar una actitud comprensiva, con respecto a sus propios síntomas de miedo, frente a peligros concretos; la eliminación sistemática de los hombres psicológicamente inadaptados al combate, mediante instrucción y prácticas, especialmente, por enseñanzas de las reacciones adecuadas, que deben adoptarse en diversas circunstancias del combate, y sometiéndolos a estímulos de combate. Tienen aquí especial interés la valoración experimental de determinados dispositivos analíticos para entrenamiento de paracaidistas, que consisten en pedir a un aspirante que haga un salto simulado, en paracaídas, desde una torre de 34 pies de alto. Las negativas a realizar este salto resultaron luego estar estrechamente ligadas con las eliminaciones del curso de paracaidistas. Incluso la indecisión al saltar demostró tener una relación similar.

El capítulo siguiente trata de los relevos de combate; de la actitud de las tropas de primera línea, con respecto a los escalones de retaguardia de su sector; de la moral del personal de vuelos combatiente, en las fuerzas aéreas, y de otros factores objetivos relacionados con la moral en los combates aéreos. Todas estas materias, aunque son importantes para darnos un cuadro psicológico del ejército, como unidad en funciones, llevan a resultados que son difíciles de generalizar, y que no pueden ponerse, ra-

BIBLIOGRAFIA

zcnablemente, brevemente en abstracto. Sin embargo, el capítulo nueve, que trata de los síntomas psiconeuróticos en el ejército, contiene mucho material de interés general. Presenta pruebas de que los reconocimientos psiconeuróticos son de valor como predicciones. Existe un aumento constante en los índices neuróticos con la edad, y otra disminución constante con la educación. Iguales tendencias aparecen en la hospitalización de bajas por neurosis. Estos descubrimientos indican que los reconocimientos psiconeuróticos, igual que los «tests» de inteligencia, deben escalonarse por edades.

No vamos a resumir el capítulo diez, que trata de problemas de rotación y reconversión, ni lo haremos tampoco con el capítulo trece, que trata de «The Soldier Becomes a Veteran» (El soldado se convierte en ex combatiente). Los capítulos intermedios requieren una breve mención. Estos capítulos tratan del sistema de puntos para evacuación y licenciamiento, y con las consecuencias de las hostilidades. El sistema de licenciamiento por puntos, basado como estaba, en las propias opiniones explícitas de los soldados, acerca de cuáles eran los factores más importantes que debían decidir quién debía irse primero a casa, resultó una aplicación extraordinariamente afortunada de la metodología psicológico-social, a un problema, hasta cierto punto, inabordable. En lo referente a las predicciones hechas por el grupo de investigadores, se vió que lo esperado con relación al aumento en sentimientos de fraternidad hacia los alemanes, y las dificultades de esperar que prosperase una política de no fraternización, se hicieron realidad plenamente. De igual modo, la predicción de un relajamiento psicológico al final de las hostilidades, en relación con nuevos sacrificios, tuvo lugar realmente y produjo el esperado aumento de hostilidad y agresividad hacia el ejército.

Ambos volúmenes ofrecen un cuadro, sorprendentemente detallado, de determinados aspectos de una organización social, el ejército, en un momento de rápida adaptación a nuevas circunstancias, y con ello tocan muchos terrenos, especialmente la sociología y la psicología social, en las que nunca se había podido disponer, antes, de tantos y tan detallados descubrimientos. Los estudios están hechos competentemente y con método (en lo que están de acuerdo muchos críticos); están escritos de forma atrayente y fácil de leer. Los autores no dan más valor a sus descubrimientos, que el que justifican sus datos y cifras. Si tuviéramos que resumir las críticas, diríamos que sólo existen algunos pocos resúmenes, en los diversos capítulos que constituyen los dos tomos, y por ello, el lector tiene que abrirse paso por en medio de una gran cantidad de material inútil, para ver si un capítulo le interesa o no; pero la crítica más importante, que los propios autores reconocen explícitamente, es, en primer lugar, que la mayor parte de la obra es cosa menuda y «ad hoc», es decir, que cada uno de los estudios descritos tiene una finalidad práctica, y a menudo tiene poco interés general, y no lleva a ningún conocimiento científico general sobre el asunto. En segundo lugar, los valores se toman especulativamente, y no de modo experimental; es difícil imaginar, por ejemplo, cómo se puede estudiar el comportamiento del mando, si no se hace una manipulación experimental de las variables que se han de estudiar. Pero, si tenemos en cuenta el hecho de que estas limitaciones, que deben considerarse incapacitadoras, no podían ser evitadas, dentro de la capacidad del grupo Stouffer, es asombroso ver cuánto fueron capaces de lograr, aunque una gran parte del material debe considerarse, por dichas razones, más atrayente que definitivo.

BIBLIOGRAFIA

El tomo III trata, en su mayor parte, de los efectos, tanto específicos como generales, de las películas y otros materiales de enseñanza. El libro se divide en dos partes: la primera trata de los estudios de evaluación de las películas, y la segunda, de estudios que implican una variación controlada. En su mayor parte, los datos que figuran en la primera parte tratan de los resultados obtenidos mediante estudios de opinión hechos antes y después de exhibir la película *The Battle of Britain* (La batalla de Inglaterra), cuarta de la serie *Why we Fight* (Por qué luchamos)

Se demuestra con bastante claridad que películas como ésta son realmente eficaces para modificar la opinión de los soldados, en cuanto a determinados conceptos de hecho; que resultó eficaz para mejorar los conocimientos de los acontecimientos militares relatados en la película, pero que ésta resultó casi inútil, en lo que se refiere a modificar la actitud hacia los ingleses. Este hallazgo, relacionado con los efectos específicos de la propaganda, está ligado a una gran parte de la investigación sobre «transferencia de la instrucción»; es valioso, principalmente, por el gran número de casos estudiados, y por la competencia del esquema experimental. Estos hallazgos hacen recaer dudas considerables sobre una de las dos suposiciones principales formuladas por el Programa de Orientación del Ejército (al que pertenecen estas películas), que dice que facilitando más información a los soldados, acerca de la guerra y de sus antecedentes se conseguirán opiniones y posturas más favorables, en ellos, hacia la participación americana en la guerra. La segunda suposición, de que la mejora de opiniones, posturas o interpretaciones, acerca de la guerra, lleva en cierto modo a un mayor estímulo, en relación con una mayor voluntad para aceptar el cambio de la vida civil a la del ejército, y para servir como soldado, puede parecer también errada, si nos basamos en algunos datos (72-79), pero, como la película produjo apenas cambios de opinión, no parece que los efectos del estímulo hayan de ser, en todo caso, muy apreciables. La valoración de las películas por el auditorio fué estudiada de muy diversas maneras: utilizando tanto técnicas de análisis de programas, como cuestionarios y entrevistas personales, y sus resultados, al ser principalmente de interés metodológico, no vamos a resumir ahora. El capítulo cinco nos da una comparación experimental de exhibiciones con películas sonoras, y con vistas fijas y mudas, así como una comparación entre los programas de radio, por comentarios y por simples noticias. En ambos casos, los hallazgos más sobresalientes de la exhibición alternativa, radican en el hecho de que las diferencias encontradas entre ambas clases de programas fueron mínimas. Es difícil decir hasta qué punto puede generalizarse este hecho. También se descubrió que, si se complementa una película con una breve introducción o un breve resumen, aumentan los efectos de la exhibición, pero ninguno de los dos procedimientos muestra una clara ventaja sobre el otro.

El capítulo seis trata de los efectos de las películas, en hombres de distintas capacidades intelectuales. Los más inteligentes y con más educación, son más capaces, antes de la exhibición, y son los que más retienen después de ella. Durante los estudios, se presentó como fenómeno constante, una relación definida entre la educación asimilada y los efectos informativos de la película. Se expone una hipótesis interesante, con resultados sugestivos, con respecto a la hipotética relación entre la capacidad intelectual y

el grado de asimilación de conceptos respectivamente fáciles, medios y difíciles. (Aquí, como en otras partes, los autores han ido más allá del simple paso inicial de comparar promedios, y han tratado de analizar el material de muchas maneras distintas, que sugieren relaciones más complejas, si bien, en lo que respecta a la naturaleza del caso, las pruebas que presentan son raras veces concluyentes.)

Al estudiar la relación entre «aceptación» e inteligencia, los autores encuentran que muchos conceptos de opinión son aceptados con mayor frecuencia por el hombre brillante que por el menos inteligente, y que, en cuanto a dichos conceptos, los efectos de las películas tienden también a ser mayores entre los hombres más brillantes que entre los menos inteligentes, y que los efectos de las películas, en cuanto afecta a los mismos conceptos, tienden también a ser mayores entre los más inteligentes. Se indica que la relación inicial entre la inteligencia y las opiniones sustentadas puede ser una medida de la «validez de opinión», y que estas interpretaciones válidas sean más fácilmente aceptadas por los individuos inteligentes, pero sean anuladas con mayor facilidad por los menos inteligentes.

Si bien los datos incluidos en la primera parte del libro poseen cierto interés sistemático, nos faltan adjetivos para encomiar la importancia de la segunda parte. Aquí tenemos la utilización correcta del método experimental; la variación sistemática de determinados factores concretos, mientras se mantienen fijos los restantes. El primero de estos capítulos trata de los efectos a corto y largo plazo, de una película de orientación. Empleando compañías experimentales y de control, y dejando transcurrir períodos cortos y largos, respectivamente, entre la exhibición de la película y el posterior cuestionario, se vió que todas las preguntas objetivas mostraban una disminución en el intervalo en cuestión. Algunos conceptos señalaron la disminución esperada, pero otros indicaron incrementos notables, lo cual resulta difícil de explicar, de acuerdo con las teorías docentes ordinarias. Se hace una investigación detallada sobre los conceptos que indican incrementos y disminuciones, y se estudian diversas hipótesis sobre el origen de estos efectos «latentes». Se presentan gran cantidad de pruebas, para demostrar que los efectos «latentes» se logran en individuos que estaban ya dispuestos a aceptar una opinión, pero que aún no la habían adoptado. Según esta teoría, la persona «olvida» a menudo aquellas ideas que se le dan a conocer, pero que no están de acuerdo con su predisposición, pero retiene sin pérdidas, o sin incremento, aquellas que están acordes con su predisposición.

El capítulo ocho trata de los efectos logrados con exposiciones bilaterales, o unilaterales, en los cambios de opinión con respecto a temas contrapuestos. El análisis es convincente, y desde el punto de vista metodológico, de primera calidad. Por él se demuestra que los efectos de una propaganda que emplee estos dos sistemas de argumentación, son casi idénticos. Otro análisis más detallado, descubre que los efectos netos de la propaganda son distintos según la postura inicial del oyente. Los individuos inicialmente opuestos a los puntos de vista del propagandista señalan mayor efecto cuando se trata de programas «bilaterales», que muestran ambos aspectos de un problema, mientras que los individuos favorables inicialmente resultan más influenciados por los programas «unilaterales», o que muestran una sola faceta del asunto. Asimismo, los

BIBLIOGRAFIA

grupos de mayor nivel educativo muestran una mayor influencia con los programas «bilaterales» que los grupos menos educados los cuales son, a su vez, más influenciados por los programas «unilaterales». Una combinación de estos dos efectos demuestra que entre los hombres inicialmente favorables pero de menor nivel de educación, los programas «bilaterales» ejercen un efecto propagandístico negativo. El capítulo nueve trata del efecto de una técnica de participación del auditorio en la exhibición de vistas fijas, que muestra un efecto positivo, en general, de la participación, que se explica en relación con la dificultad de conceptos, estímulo e inteligencia. La participación activa se muestra más eficaz cuando el estímulo e inteligencia son bajos y la dificultad grande. El libro termina con un largo y valioso resumen, y con una serie de apéndices que tratan de datos estadísticos, de interés para el estudiante e investigación (más que para el lector corriente). En nuestra opinión, podemos decir que el libro es excelente en cuanto al plan de investigación, sólidamente fundamentado en cuanto a procedimientos estadísticos, ingenuo en cuanto a elaboración de hipótesis y fructífero en cuanto a aplicaciones prácticas. Este libro constituye un modelo de investigación, en este terreno, por su combinación de los aspectos teóricos y prácticos.

El tomo IV trata del hombre y de sus problemas de medición y ordenación, y contiene la larga introducción de Guttman acerca de su método de análisis de escalas, así como una explicación del igualmente nuevo análisis de estructuración latente de Lazarsfeld. Estos autores creen que los datos cualitativos, como son los obtenidos en estudios por cuestionarios y de opinión, deben estudiarse por medio de las técnicas apropiadas para dichos datos, que no requieran su transformación en relaciones tetracóricas, o en otros sistemas estadísticos dependientes de hipótesis indemostrables. Como consecuencia de su negativa a los procedimientos de correlación, Guttman y Lazarsfeld hacen también objeciones al uso del análisis de factores en el campo de los datos cualitativos, y presentan sus respectivos métodos de análisis, como capaces de hacer en este terreno lo que el análisis factorial hace en el campo de los datos cuantitativos. (Pero los autores fallan al no definir estos conceptos de datos cualitativos y cuantitativos de forma que permita la construcción de un argumento matemático rígido, sino que los dejan vagos e imprecisos); en particular, dejan de explicar la diferencia que existe entre datos genuinamente cualitativos y datos cuantitativos, aunque, por varios motivos aparentes, relacionados con el instrumento de medida, parece ser que probablemente son cualitativos: por ejemplo, todos los datos que hay que manejar en sociología y en psicología social (9).

Si lo comparamos con escritos anteriores sobre asuntos militares y si contrastamos sus resultados con los logros de la moderna sociología, resulta claramente evidente que los autores anteriores no pudieron contar ni con grandes equipos de investigación ni con los refinados métodos modernos de estudio de opinión. Los precursores en este campo, estudiaron las instituciones militares, a la luz de diversas circunstancias históricas

(9) No vamos a tratar aquí de las críticas surgidas contra la metodología de este volumen. Nos presenta un apreciable análisis, H. J. EYSENCK en *Journal of Social Psychology*, XXXIII-XXXIV (1951), 310-312. Ver también: ROBERT K. MERTON y PAUL F. LAZARSFELD: Ob. cit.

y circunstancias políticas, y las pruebas que presentaban en apoyo de sus proposiciones, no siempre podían sobrevivir a las modernas normas científicas (10).

(10) Pueden consultarse las siguientes obras: JOSEPH S. ROUCEK: «Social Attitudes of the Soldier in War Time», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, XXX, 2 (julio-septiembre 1935), 164-174; ROUCEK: «The Sociology of the Soldier in Peace Time», *Sociology and Social Research*, XIX, 5 (mayo-junio 1935), 406-419; WILLARD WALLER: «War and Social Institutions», 478-532, en *War in the Twentieth Century*, Willard Waller, Ed. (New York, Dryden Press, 1940); ALFRED VAGTS: *The History of Militarism* (New York, W. W. Norton & Co., 1937); W. H. NEBLETT: *Pentagon Politics* (New York, Pageant Press, 1936); BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS, SECCIÓN DE BIBLIOGRAFÍA: «Universal Military Training», *Bibliography*, núm. 1583 (Washington, D. C., 1945); UNIVERSIDAD DE ILLINOIS: *High School Youth and Military Service* (Institute of Labor and Industrial Relations, 1951); AMERICAN FRIENDS SERVICE COMMITTEE: *Experience of the American Friends Service Committee in Civilian Public Service* (Philadelphia, The Committee, 1945); J. J. CORSON: *Manpower for Victory* (New York, Farrar & Rinehart, 1954); E. A. FITZPATRICK: *Universal Military Training* (New York, McGraw-Hill, 1945); J. E. JOHNSON: *Compulsory Military Training (Reference Shelf)*, vol. XIV, número 6, New York, W. Wilson Co., 1941); F. P. TODD: «Military Organization and Institutions», capítulo 10, 259-289, de *Modern World Politics*, T. V. Kalijarvi, Ed. (New York, T. Y. Crowell, 1942); EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS: *Field Service Regulations: Operations* (Washington, D. C., Imprenta del Gobierno, 1941); ESCUELA DE INFANTERÍA: *Infantry in Battle* (Washington, D. C., U. S. Infantry Association, 1934); H. S. BLOCK y B. F. HOSELITZ: *Economics of Military Occupations: Selected Problems* (Chicago, Foundation Press, 1944); PENDLETON HERRING: *The Impact of War* (New York, Farrar & Rinehart, 1941); ALEXANDER SEVERUS: «The Fetish of Military Rank», *Military Affairs*, V (otoño 1941), 171-176; DEPARTAMENTO DEL GENERAL JURÍDICO: *American Military Government of Occupied Germany, 1918-1920* (Washington, D. C., Imprenta del Gobierno, 1943); MAYOR GENERAL FULLER y JOHN FREDERICK CHARLES: *Armament and History* (New York, Scribner's, 1945); HERMANN FOERTSCH: *The Art of Modern Warfare* (New York, Veritas Press, 1940); SIR IAN S. M. HAMILTON: *The Sould and Body of an Army* (Londres, 1921); GRAYSON KIRK y R. P. STEBBINS: *War and National Policy: A Syllabus* (New York, Farrar & Rinehart, 1942) (es un buen índice de literatura; ver especialmente los capítulos 8-11); JAMES D. MOONEY y ALAN C. REILEY: *The Principles of Organization* (New York, Harper, 1939), que compara los procedimientos militares con los que emplea la Iglesia y la industria; SPENCER WILKINSON: *The Brain of the Army* (Londres, 1895); D. D. IRVINE: «The Origin of Capital Staffs», *Journal of Modern History*, X (junio 1938), 161-179; J. H. MARION: «Organization for International Control and Coordination in the U. S. Army», *American Political Science Review*, XXXII (octubre 1938), 877-897; NORMAN COPELAND: *Psychology and the Soldier* (Harrisburg, Pennsylvania, Military Service Publishing Co., 1942); AMES JONSTON, COMP.: *German Military Science* (New York, Macmillan Co., 1943), que es una recopilación de escritos alemanes de ciencia militar, a partir de la reorganización del ejército, en 1935; R. L. BULLARD: *Fighting Generals* (Ann Arbor, Michigan, J. W. EDWARDS, 1944); CURT RIESS: *The Self-Betrayed: Glory and Doom of the German Generals* (New York, Putnam, 1942); J. H. BURNS: «The Place of Psychology in the Army», *Infantry Journal* (septiembre 1928); LEROY ELTINGE: *Psychology of War* (Fort Leavenworth, Kansas, Command and General Staff School Press, 1915); F. S. DUNN: *War and the Minds of Men* (New York, Harper, 1950); E. P. HERRING: *The Impact of War: our Democracy Under Arms* (New York, Farrar & Rinehart, 1941); PAUL WALTER, Jr.: «Education for War and Peace», capítulo 23, 483-502, de *Sociological Foundations of Education*, Joseph S. Roucek (New York, T. Y. Crowell, 1942); CARL COLEGROVE: *Militarism in Japan* (New York, World Peace Foundation, 1936); TENIENTE CO-

BIBLIOGRAFIA

La perspectiva histórica que nos facilitan, y, sobre todo, su agudo concepto del medio político en que funcionan las organizaciones militares, hacen, a pesar de todo, que valga la pena leer sus obras. Con todos sus avanzados medios y técnicas de investigación, la sociología moderna tiene un sentido muy tenue de las interconexiones que existen entre los problemas que estudia, y es precisamente en este aspecto en el que pueden también resultar útiles los escritos anteriores.

Ante todo, debemos recordar que *The American Soldier* nos presenta la investigación, tomada como «una labor mecánica práctica, y no un trabajo científico» (11). Al cribar y analizar la enorme riqueza de datos recogidos, los autores reconocen cuánto deben a la sociología, a la psicología dinámica, a la teoría de la educación, a la antropología social, y a varias contribuciones sociológicas, especialmente a las que están dedicadas al conocimiento de la postura social y de las clases sociales, instituciones sociales, control y cambios sociales. A su vez, el plan original de conducción ha estado fijado por las necesidades del ejército, y los autores no dejan de indicar que el suyo no ha sido «un trabajo en una académica torre de marfil» (12). Es por ello evidente que los autores no podían estudiar las instituciones militares con un punto de vista externo e independiente, y que estaban atados, en sus análisis de post-guerra, por la orientación inicial de sus estudios en tiempo de guerra. Si tenemos en cuenta estas restricciones, resulta evidente que el valor de sus hallazgos ha sobrepasado la necesidad que debían satisfacer; se han hecho muchas contribuciones que están más allá de los requisitos de la mecánica social, y que son de importancia general en el esfuerzo para el conocimiento de la sociedad contemporánea.

EL IMPACTO DE LA GUERRA AÉREA

En los últimos años, la Rand Corporation (Washington, D. C.) ha promovido una serie de informes especiales sobre los efectos de la guerra aérea, cuya finalidad principal es el estudio de importantes observaciones sobre las reacciones a los bombardeos convencionales y atómicos, que se han ido acumulando durante la segunda guerra mundial, y esbozar los principales problemas, para su posterior estudio en el campo de las ciencias humanas (sociología). Estos informes han sido refundidos, y constituyen la esencia del libro de Janis (13). Janis dice que hay una gran cantidad de datos sobre la guerra aérea «convencional», pero que «hay una gran escasez de material referente a la guerra atómica». Se han hecho poquísimos estudios entre los cientos de miles de japo-

RONEL PAUL W. THOMPSON: *Modern Battle* (New York, Penguin Books, 1942); «Studies on War: A Military Affairs Reader» (Washington, D. C., *The Infantry Journal*, 1943); etcétera.

(11) STOFFER: Ob. cit., I, 8.

(12) STOFFER: Ob. cit., II.

(13) IRVING L. JANIS: *Air War and Emotional Stress* (New York, McGraw-Hill, 1951). Ver también: E. A. SHILS y M. JANOWITZ: «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly*, XII (1948), 280-315.

BIBLIOGRAFIA

neses que sobrevivieron a los desastres de Hiroshima y Nagasaki. Los únicos estudios sobre casos reales que se hayan publicado sobre experiencias de desastres atómicos son los que figuran en el popular libro de John Hersey, *Hiroshima* (New York, A. A. Knopf, 1946); y sólo ha habido un estudio sistemático sobre una selección de supervivientes de la bomba atómica; un pequeño estudio de prueba realizado por la División de Moral del United States Strategic Bombing Survey: el informe de la U. S. S. B. S., *The Effects of Strategic Bombing on Japanese Morale* (Washington, Imprenta del Gobierno, 1947). El estudio de la U. S. S. B. S. utilizó la entrevista «standard», enfocada principalmente hacia asuntos de moral, de donde resulta que hay una buena parte de datos empíricos en las posturas post-desastre. Sin embargo, sólo una pequeña parte de la entrevista se dedica a la experiencia personal del bombardeo. Entre la lista «standard» de preguntas, no había ninguna que tratase del comportamiento externo, los sentimientos subjetivos ni la tensión emocional, durante los momentos de crisis del desastre. A pesar de todo, muchas de las entrevistas contienen comentarios espontáneos, que dicen del impacto emocional resultante del bombardeo atómico. Janis sacó todo el provecho posible de esta única fuente de información, constituida por los protocolos originales de las entrevistas (que no están a disposición de los investigadores estudiosos en los Archivos nacionales de Washington). El nuevo análisis de las entrevistas trajo nuevos datos, que complementaron los descubrimientos publicados en el informe de la U. S. S. B. S. sobre la moral de los japoneses. Así, pues, Janis analiza las reacciones en Hiroshima y Nagasaki, de acuerdo con el impacto emocional de la bomba atómica y las consecuencias de un desastre atómico, los efectos de la guerra aérea (desórdenes psiquiátricos, el miedo y la adaptación emocional, la agresión y la moral de guerra, y los mecanismos de adaptación), y los aspectos psicológicos de la defensa pasiva (los problemas de control de un desastre, la instrucción y el contagio emocional, la enseñanza de supervivencia y la aprensión en la población civil). En vista de la situación creada más recientemente, por los posibles peligros a que se enfrenta el mundo, como consecuencia de la guerra nuclear, podemos citar aquí una de las más importantes conclusiones de Janis: «... es evidente que hay que tomar en cuenta los factores emocionales, en una fase inicial de la preparación del material que ha de utilizarse en el programa de educación pública. Antes de llegar a esa fase, debe estimularse el estudio del problema general de reducir la ansiedad producida por la propagación de informaciones concernientes a los peligros potenciales» (248).

LA SOCIOLOGÍA DEL MILITARISMO

El militarismo ha sido estudiado más desde un punto de vista de «enjuiciamiento» o como una teoría que desde el punto de vista de la sociología. En su forma original, el militarismo abogaba por la supremacía de lo militar en la estructuración general de la sociedad. Sin embargo, el militarismo actual, según los moldes totalitarios, encierra la militarización de la sociedad, en conjunto. Hasta ahora, el problema de la influencia de la organización militar en la sociedad no ha podido atraer, en conjunto, la atención de los sociólogos. Para comprobarlo, vamos a repasar todo lo que se ha escrito sobre

la guerra, sus perjuicios y sus efectos beneficiosos, sus causas y las posibilidades de su abolición. Pero, los únicos sociólogos que han apreciado la importancia de los factores militares en las sociedades que los encuadraban fueron Max Weber y Gaetano Mosca (14).

El militarismo, en su forma original, abogaba por la supremacía de lo militar dentro del cuadro general de la sociedad. El militarismo actual, de moldes totalitarios, implica la militarización de toda la sociedad, en conjunto. Los antiguos militarismos aspiraban a privilegios de clase para los guerreros; el nuevo militarismo pretende hacer guerrera a toda una cultura, y fuerza, incluso a las naciones pacíficas, a adoptar, en interés de su propia defensa, un sistema social similar, en cierto modo, aun cuando esté basado en una doctrina política y en una forma de vida, totalmente distinta.

La organización militar influye sobre la estructura social, principalmente, determinando la distribución del puro poder, o usando otros términos, la capacidad de ejercer la violencia. Como la mayoría de los sociólogos son más bien pacíficos por naturaleza, y particularmente los angloamericanos, y la fuerza bruta es una cosa que quisieran ver eliminada para siempre, la mayor parte de ellos han mirado con malos ojos cualquier

(14) MAX WEBER: *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tübingen, 1922); «Zur ökonomischen Theorie der Antiken Staatenwelt», reproducido en *Gesammelte Aufsätze zur Social- und Wirtschaftsgeschichte* (Tübingen, 1924). WEBER toca la importancia sociológica de la organización militar, incluso en su *Religionssoziologie* (Tübingen, 1922). GAETANO MOSCA: *The Ruling Class* (New York, McGraw-Hill, 1939). J. WISSE: *De Strijvende Maatschappij* (La Haya, 1948), es un buen resumen de las distintas teorías en litigio. *Soziologie des Krieges*, de R. S. STEINMETZ, es propagandística, pero contiene ciertos puntos de vista instructivos, particularmente sobre selección biológica y determinantes de ferocidad. El estudio de PITIRIM A. SOROKIN, sobre las fases bélicas en la civilización está expuesto en su *Social and Cultural Dynamics*, vol. III (New York, American Book Co., 1937-1941, 4 tomos). *Die Menschliche Gesellschaft in Ihren Ethnosozziologischen Grundlagen*, de RICHARD THURNWALD (Berlín, 1930-1935, 2 tomos), es caótico, pero único en la literatura antropológica, por la amplitud de su contenido y por su originalidad de conceptos. *Du Pouvoir*, de BERTRAND DE JOUVENEL (Ginebra, 1947) es bueno, en los problemas relacionados con la estructura interna de las jerarquías, y las relaciones de unas con otras. *Ortsbestimmung der Genenart*, de ALEXANDER RÜSTOW (Zurich, 1950), es un agudo análisis del fenómeno de la dominación. Otras ideas pertinentes pueden encontrarse en el *Traité de Sociologie Générale* y en *Les systémes socialistes*, de V. PARETO (París, 1926); R. MICHELS: *Political Parties* (Londres, 1911); G. SIMMERL: *Soziologie* (Leipzig, 1908); J. M. ROBERTSON: *The Evolution of States* (Londres, 1912); R. A. ORGAZ: *Ensayo sobre las revoluciones* (Córdoba, 1945); R. M. MCIVER: *The West of Government* (New York, Macmillan Co., 1947). Entre las autoridades de la Antigüedad que tocaron el tema del militarismo, están: ARISTÓTELES, IBN KALDUN, MONDUN, MONTESQUIEU, MAQUIAVELO, KAUTILYA, MALTHUS. Los únicos libros dedicados exclusivamente a la cuestión de la influencia de las organizaciones militares en la vida de la sociedad, son: MAX JÄHNS: *Heeresverfassung und Völkerleben* (Berlín, 1885), que tiene poco de sociología, y, STALISLAW ANDRZEJEWSKI: *Military Organization and Society* (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1954), que contiene una excelente bibliografía, 184-190. La historia militar general más conceptualmente sociológica es: P. SCHMITTHENNER: *Krieg und Kriegführung in Wandel der Weltgeschichte* (Potsdam, 1930). En la obra de LEO FROBENIUS: *Weltgeschichte des Krieges* (Hannover, 1930), aparece esparcida mucha información, de desigual valía, y los problemas modernos aparecen bien cubiertos en A. VAGTS: *A History of Militarism* (Imprenta de la Universidad de Princeton, 1937).

forma de militarismo, mientras que, al mismo tiempo, expresaban sus temores con respecto a este proceso de usurpación. Los llamamientos hacia los efectos sociales del militarismo han sido proclamados, principalmente, a base de experiencias extranjeras (15). Durante la primera guerra mundial, y después de ella se asignó el papel de «malo», en el camino que desembocó en aquel conflicto mundial, al militarismo germánico: en el período correspondiente a la segunda guerra mundial, se reavivó el ataque contra los militarismos fascista, nazi y japonés; hoy día, el foco principal va dirigido contra el aspecto agresivo de la U. R. S. S. La literatura, en este campo, es de un volumen abrumador, y, en su mayor parte, propagandística, si bien no deja de tener características sociológicas; de aquí que no podamos ocuparnos extensamente de ella. Entre los más notables estudios, que muestran la relación entre la militarización de la vida en Alemania, y el proceso social, figuran los de Speier, Emme, Fried, Wheeler-Bennett y Craig (16). De particular interés son las obras de Wheeler-Bennett, y de Craig, y el brillante análisis de Possony sobre la relación entre las técnicas comunistas de militarismo, con la revolución mundial (17). La enciclopédica disertación de Wheeler-Bennett sobre los acontecimientos en la escena alemana se basa en una cuidadosa investigación, así como en contactos y observaciones personales. Las copiosas notas marginales y los abundantes datos bibliográficos del apéndice constituyen un exhaustivo «Quién es quién» de la política alemana, y por ello constituyen un inapreciable comentario sobre los sucesos y la literatura de la época. Con su reconocida habilidad literaria, el autor ha intercalado en la historia del ejército una historia de la República de Weimar, una descripción de la ascensión y caída del nacionalsocialismo, un excelente relato sobre el movimiento alemán de resistencia, y una explicación de las principales fases de la segunda guerra mundial. Como obra sobre el ejército alemán, que narra el funcionamiento de este Estado dentro del Estado, el libro constituye una valiosa lectura acerca de cómo actúan en política las fuerzas armadas. El libro de Craig es clásico, con vistas a los intentos de algunos historiadores alemanes de hoy, que tratan de negar, o minimizar, la importancia política del ejército, y de atribuir su falta de resistencia ante Hitler a su «tradicción apolítica». El libro, que es el primer tratado extenso escrito en inglés, y que se

(15) Este parece ser el tema fundamental del excelente libro de EDWARD MEAD EARLE, Ed.: *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Macchiavelly to Hitler* (Imprenta de la Universidad de Princeton, 1944); ver las extensas notas bibliográficas a las referencias extranjeras.

(16) HANS SPEIER: «German Rearmament and the Old Military Elite», *World Politics*, VI, 2 (enero 1957), 147-168; EUGENE M. EMME: «Generals in the Rise and Fall of Germany», *Air University Quarterly*, VI, 3 (otoño 1957), 91-95; H. E. FRIED: «German Militarism: Substitute for Revolution», *Political Science Quarterly*, LVIII, 4 (diciembre 1943), 481-513; JOHN W. WHEELER-BENNETT: *The Nemesis of Power: The German Army in Politics, 1918-1945* (New York, St. Martin's Press, 1953); GORDON A. CRAIG: *The Politics of the Prussian Army* (New York, Oxford University Press, 1958).

(17) STEFAN T. POSSONY: *A Century of Conflict* (Chicago, Henry Regnery, 1953). También son muy valiosos los estudios sociológicos de ITHIEL DE SOLA POOL: *Satellite Generals* (Stanford University Press, 1955), y de ZBIGNIEW BRZEZINSKI, Ed.: *Political Controls of the Soviet Army* (New York, Programa de Estudios sobre la U. R. S. S., 1954).

basa en un profundo conocimiento de las obras alemanas, explica en detalle la historia del ejército prusiano desde los días de los grandes reformadores, Scharnhorst y Gneisenau, hasta la época de Hindenburg y Ludendorff. El autor prueba que durante el siglo XIX y en el transcurso del actual el ejército alemán ha ejercido siempre una gran influencia sobre el gobierno y los acontecimientos políticos, frustrando con éxito todas las tentativas de control parlamentario, y exigiendo ser escuchado y seguido en muchas esferas que, en otros países, se consideran fuera de la jurisdicción del ejército. También demuestra que la dictadura militar que ejercieron Hindenburg y Ludendorff durante la primera guerra mundial no fué sino la consecuencia lógica de una larga historia de preponderancia e interferencia militar.

Entre las numerosas obras publicadas durante la guerra, sobre el militarismo japonés, sobresale la de Makin (18).

En los Estados Unidos, la parte militar ha representado, casi siempre, un papel subordinado en la vida nacional. Las relaciones entre lo civil y lo militar, no han sido tratadas con cuidado ni método, hasta hace muy pocos años. Sin embargo, este problema ha sido presentado mejor en relación con los problemas surgidos como consecuencia de la segunda guerra mundial (19).

De hecho, en el archivo de problemas militares de un sociólogo, la carpeta más voluminosa debería ser, probablemente, la que contuviera los problemas referentes a la adaptación de las actividades civiles a las necesidades militares. Estos problemas deberían comprender asuntos tales como la administración de la economía de guerra, de forma que se pusiera al máximo la producción de armas, distribuyendo la mano de obra disponible, de forma adaptada, a la vez, a las necesidades de la industria y de las fuerzas armadas, y organizando el complejo sistema de transportes por tierra y mar, preciso para el traslado de los soldados al lugar en que han de luchar, y para tenerlos abastecidos de víveres, equipos y municiones, mientras permanezcan allí. La institución de una Comisión para el Estudio de las Relaciones Cívico-Militares (Committee on Civil-Military Relations Research), por la Junta de Estudios de Ciencias Sociales (Social Science Research Council), de New York, indica el avivamiento del interés sobre este terreno. Su bibliografía, que cubre los años 1940-1952, clasifica el material seleccionado en cinco secciones (20).

(18) J. M. MAKIN: *Japanese Militarism* (New York, A. A. Knopf, 1945).

(19) WALTER MILLIS: *Arms and Men: A Study in American Military History* (New York, G. P. PUTNAM, 1956); HERRING: Ob. cit.; H. SPROUT: «Trends in the Traditional Relation Between Military and Civilian», *American Philosophical Society, Proceedings*, vol. 92, 264 (1948); VAGTS: Ob. cit.

(20) *Civil Military Relations: an Annotated Bibliography, 1940-1952*, preparada bajo la dirección del «Committee on Civil Military Research», de la «Sociedad Science Research Council» (New York, Columbia University Press, 1954).

TENDENCIAS RECIENTES

LAS INSTITUCIONES MILITARES EN LA SOCIEDAD AMERICANA «PACÍFICA»

Unas instituciones militares sustanciales en tiempo de paz, constituyen actualmente un elemento de importancia en la sociedad americana. Su volumen va en aumento, y su relación con la administración civil americana constituye un asunto que atañe de un modo definitivo a la administración (21).

Apenas terminada la segunda guerra mundial, apareció importante literatura que versaba sobre la estructura y funcionamiento de las fuerzas armadas americanas durante dicho conflicto (22).

Algunos de estos estudios recalcan la base burocrático-feudal de la estructura militar en tiempo de guerra, y su particular eficacia, dado el estado de la tecnología militar en aquella época, al contrastarse con el carácter catastrófico de la guerra global, aunque también fueron presentadas numerosas pruebas de las funciones y dilemas estruc-

(21) WILLIAM T. HARRY: *Americans at War: The Development of the American Military System* (Baton Rouge, Louisiana; Louisiana State University Press, 1960); COURTNEY, KENT y PHOEBE: *The Case of General Edwin A. Walker* (New Orleans, 18, Louisiana; apartado 4254, The Conservative Society of America, 1961); WALDEMAR N. NIELSEN: «Soldier in Politics: A Growing Issue», *New York Times Magazine* (22 de octubre de 1961), 23; HARRY L. COLES, Ed.: *Total War and Cold War: Problems in Civilian Control of the Military* (Columbus, Ohio; Ohio State University Press, 1961); M. R. D. FOOT: *Me in Uniform: Military Manpower in a Modern Society* (New York, Praeger, 1961); PAUL Y. HAMMOND: *Organizing for Defense: The American Military Establishment* (Princeton, New Jersey; Princeton University Press, 1961); CHARLES E. BIDWELL: «The Young Professional in the Army: A Study of Occupational Identity», *American Sociological Review*, XXVI, 3 (junio 1961), 360-372; MORRIS JANOWITZ: *The Professional Soldier* (Glencoe, Illinois; The Free Press, 1960); FRED GREENE: «The Military View of American National Policy, 1904-1940», *American Historical Review*, LXVI, 2 (enero 1961), 354-377; DEPARTAMENTO DE TRABAJO DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS: *Manpower: Challenge of the 1960s*, (U. S. Department of Labor, Washington, D. C., 1961); etc.

(22) P. L. BERKMAN: «Life Aboard an Armed Guard Ship», *American Journal of Sociology*, LI (marzo 1946), 380-388; R. H. TURNER: «The Navy Disbursing Officer as a Bureaucrat», *American Sociological Review*, XII (junio 1947), 342-348; A. K. DAVIS: «Bureaucratic Patterns in the Navy Officer Corps», *Social Forces*, XXVI (diciembre 1948), 143-153; G. C. HOMANS: «The Small Warship», *American Sociological Review*, XI (junio 1946), 294-300; G. D. SPINDLER: «The Military. A Systematic Analysis», *Social Forces*, XVII (octubre 1948), 83-88; S. L. A. MARSHALL: *Men Again Fire* (William Morrow, New York, 1947); R. K. MERTON y P. L. LAZARSFELD, Eds.: *Studies in the Scope and Method of «The American Soldier»* (Glencoe, Illinois; The Free Press, 1950); C. H. PAGE: «Bureaucracy's Other Face», *Social Forces*, XXV (octubre 1946), 88-94; ARNOLD ROSE: «The Social Structure of the Army», *American Journal of Sociology*, XL (marzo 1946), 361-364; S. A. STOFFER y otros: *The American Soldier* (Princeton, New Jersey; Princeton University Press, 1949); MORRIS JANOWITZ: *Sociology and Military Establishment* (New York, Russell Sage Foundation, 1959, que contiene muy buena bibliografía); etc.

BIBLIOGRAFIA

turales (23). Otros estudiaron las características del notable proceso de socialización efectiva, que convirtió al recluta en soldado, y que asimiló rápidamente al nuevo personal en las unidades militares establecidas (24).

Sin embargo, Janowitz ha dicho claramente que las bases técnicas y funcionales de las instituciones militares en tiempo de paz, han cambiado radicalmente, desde la época de la segunda guerra mundial, y que ello exige una revisión a fondo de las estructuras y funciones militares y de los problemas y conducta del personal militar, Las operaciones militares dependen, cada vez más de los procedimientos técnicos y científicos más recientes, y precisan de la existencia de un núcleo importante de oficiales y hombres preparados para su utilización. Las fuerzas armadas deben encaminarse ahora hacia una amplia gama de especialidades y profesiones civiles, universitarias, técnicas y científicas, para el reclutamiento y distribución del personal, y especialmente, a las nuevas especialidades que van apareciendo, a medida que florece la ciencia y la técnica americanas. Dentro y fuera del combate, estas fuerzas dependen, como nunca dependieron en el pasado, de la iniciativa y juicios personales, de estos hombres entrenados. La necesidad del paso de «dominio» a «manejo», en la administración y mando militares, pone en tela de juicio, como apunta Janowitz, la organización burocrático-feudal, y a medida que individuos de gran preparación se van haciendo soldados o marinos, van surgiendo nuevos problemas, para su socialización en el papel militar, y en su adaptación a la vida militar (25).

Bidwell ha estudiado un grupo de profesionales alistados, en relación con las presiones resultantes, y los tipos de reacciones a las mismas (26). Cuando el profesional civil entra a formar parte de una burocracia, se le contrata como profesional, y sus problemas provienen sólo de la presión de la organización, en el aspecto exclusivo del rendimiento técnico (27). Pero en el ejército se reconocen las obligaciones profesionales, pero no los derechos, y el profesional-soldado tiene, desde el primer momento, que actuar en el sentido estrictamente técnico: «Este supuesto planteó a estos hombres el problema de la continuidad de su identidad como miembros de sus profesiones civiles, al exigirles que separasen su aptitud profesional del goce de las prerrogativas naturales inherentes a la profesión» (28). Entre los fenómenos observados figuraba el que estos profesionales-soldados seguían identificándose intensamente con sus profesiones civiles. «Estaban también aislados, con respecto a un público sumiso, aprobativo y subordinado», y resultaba «extraordinariamente difícil evitar el endiosamiento, cuando, sólo unos

(23) Ver, por ejemplo, DAVIS: Ob. cit.; MARSHALL: Ob. cit.; PAGE: Ob. cit.; STOUTER: Ob. cit.; TURNER: Ob. cit.

(24) BERKMAN: Ob. cit.; STOUTER: Ob. cit., tomo I.

(25) JANOWITZ: Ob. cit., cap. 2.

(26) CHARLES E. BIDWELL: «The Young Professional in the Army: A Study of Occupational Identity», *American Sociological Review*, XXVI, 3 (junio 1961), 360-372.

(27) R. K. MERTON: «Role of the Individual in Public Bureaucracy», *Social Theory and Social Structure* (Glencoe, Illinois; Free Press, 1949), cap. 6; W. I. WARDWELL: «Social Integration Bureaucratization and the Professions», *Social Forces*, XXXIII (mayo 1955), 356-359.

BIBLIOGRAFIA

meses antes, se compartía el menosprecio general hacia el soldado raso», señala Bidwell.

Intimamente relacionada con este problemas, está también la pugna entre la autoridad civil y la militar; una pugna que, históricamente, ha hecho caer gobiernos y ha dividido a las naciones (como ocurrió recientemente en Francia). Esta pugna, rara vez ha sido un problema crítico en los Estados Unidos, pero, desde que el presidente Kennedy asumió el Poder, ha existido frecuentemente una controversia entre los civiles y los militares, especialmente en los discursos y actividades políticas de los oficiales de alta graduación. El caso que, en 1961, hizo surgir una mayor controversia fué el que afectó al Comandante General Edwin A. Walker, que, en la primavera de 1961, recibió una «amonestación» verbal, y fué relevado de su mando, en la 24 División de Infantería, destacada en Alemania. Las investigaciones llevadas a cabo por el ejército, revelaron que había hecho declaraciones subversivas sobre el ex presidente Truman, la señora Eleanor Roosevelt y otros americanos eminentes, y que había tratado de influir sobre los votos de sus hombres y los de sus familias respectivas en las elecciones para el Congreso de 1960. El general, afiliado a la «John Birch Society», asociación ultraconservadora, se convirtió de repente en el centro de una tempestad de pasiones políticas, motivadas por los pretendidos esfuerzos de la Administración Kennedy para «amordazar» a los militares.

Los orígenes del problema se remontan al mismo nacimiento de la República americana. Los forjadores de la Constitución habían leído a Plutarco, y en sus mentes estaba viva la imagen de aquella larga sucesión de generales ambiciosos, que con sus espadas aniquilaban indefensos gobiernos; por ello imprimieron firmemente en su documento el principio de la supremacía de la autoridad civil (29). Washington, como general y presidente a la vez, estableció la medida de su aplicación; Lincoln, además de sus otras muchas preocupaciones, tuvo que enfrentarse con este mismo problema, en forma mucho más grave que cualquier otro presidente, pero mantuvo la firme convicción de una clase militar sujeta al control civil. De hecho, desde Washington y Jefferson hasta John F. Kennedy, la línea sigue, firme e ininterrumpida, y no hay aspecto de la Constitución americana que tenga la solidez que este de la preponderancia de la autoridad civil (30).

La investigación sociológica ha sido impulsada, más y más, durante los últimos años, con vistas a la política militar. Hemos de observar que sólo durante la segunda guerra

(28) BIDWELL: Ob. cit., 269.

(29) WALDEMAR NIELSEN: «Soldier in Politics: A Growing Issue», *New York Times Magazine* (23 octubre 1961), 23; FRED GREENE: «The Military View of American National Policy, 1904-1940», *American Historical Review*, 2 (enero 1961), 354-377.

(30) Para más detalles sobre la historia de las relaciones cívico-militares en América, ver: D. W. BROGAN: «The United States», cap. 9, págs. 167-186, de la obra de MICHAEL HOWARD, Ed.: *Soldiers and Governments: Nine Studies in Civil-Military Relations* (Londres, Eyre & Spottswode, 1957); SAMUEL P. HUNTINGTON: «Civilian Control and the Constitution», *American Political Science Review*, L, 3 (septiembre, 1956); WALTER MILLIS, junto con HARVEY C. MANSFIELD y HARLOD STEIN: *Arms and the State. Civil-Military Elements in National Policy* (New York, The Twentieth Century Fund, 1959).

mundial, por primera vez, las instituciones militares utilizaron, a título profesional, a los sociólogos americanos. Después de la segunda guerra mundial se han seguido algunos de los estudios sociológicos de tipo bélico, y, además, ha habido algunos estudios de investigación ocasionales, sobre otros problemas (como ya hemos indicado antes), como son los referentes a los elementos políticos de la guerra fría, los aspectos sociales de la eficiencia de pequeñas unidades, la sistematización de mando y control, y la estructura social y aspectos culturales de las organizaciones militares (31).

Sólo podemos indicar aquí algunos terrenos claramente sobresalientes, en los que se han utilizado más aplicaciones sociológicas que de cualquier otro tipo.

En las dos últimas décadas, la estructura educativa de América ha experimentado dos notables expansiones, a través de la industria y de las fuerzas armadas (32). Especialmente Wool nos presenta un excelente análisis de cómo y en qué medida, las fuerzas armadas se han convertido en una institución docente de las más importantes. Entre sus conceptos más importantes están: aproximadamente, siete hombres de cada diez, comprendidos entre los veinte y los treinta años, han hecho el servicio militar; las fuerzas armadas dependen, hoy día, del «técnico-soldado»; hay doble número de mecánicos que de tropas combatientes de primera línea; las fuerzas armadas consideran difícil aprovechar a hombres con antecedentes educativos limitados, porque estos hombres son incapaces de asimilar las enseñanzas técnicas; durante los tres años del conflicto de Corea, 1,3 millones de movilizados fueron instruídos en especialidades de tipo civil (33).

El libro de Gene M. Lyons y John W. Masland (34) es un estudio de encuesta, fascinante, detallado, ponderado y crítico, sobre los problemas del ajuste de las doctrinas e instituciones militares americanas tradicionales a las necesidades de la guerra fría. Como tal, su interés y sus implicaciones trascienden más allá del tema. Aunque el

(31) MORRIS JANOWITZ: *Sociology and the Military Establishment* (New York, Russell Sage Foundation, 1959), bibliografía, 109-112; CHARLES H. COATES: «The Role of the Military Sociologist in Operations Research», *Sociology and Social Research*, XLII, 5 (mayo-junio 1958), 327-331; PAUL WALTER, Jr.: «Military Sociology», 655-672, en la obra de JOSEPH S. ROUCEK, Ed.: *Contemporary Sociology* (New York, Philosophical Library, 1958).

(32) HAROLD WOOL: «The Armed Services as Training Institution», págs. 158-185 de la obra de ELI GINZBERG, Ed.: *The Nation's Children*, tomo II, *Development and Education* (New York, Columbia University Press, 1960); ELI GINZBERG y otros: *The Ineffective Soldier*, 3 vols. (New York, Columbia University Press, 1954); ROBERT L. THORNDIKE y ELISABETH P. HAGEN: *Attitudes, Educational Programs, and Job Experiences of Airmen who did not Reenlist* (Air Force Personnel & Training Research Center, 1957); Departamento de Defensa de los Estados Unidos, Comisión Asesora de Defensa de compensación Técnica y Profesional (U. S. Department of Defense, Defense Advisory Committee on Professional and Technical Compensation) *A Modern Concept of Manpower Management and Compensation for Personnel of the Uniformed Services* (Washington, D. C., Government Printing Office, 2 volúmenes, 1957).

(33) Ver también: Departamento de Trabajo de los Estados Unidos (U. S. Department of Labor), *Manpower Challenge of the 1960's* (Washington, D. C., 1961).

(34) GENE M. LYONS y JOHN W. MASLAND: *Education and Military Leadership: A Study of the R. O. T. C.* (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1959).

R. O. T. C. (35) tiene sus raíces en el siglo XIX, en las ideas de Alden Patridge sobre la necesidad de oficiales civiles, y en la Ley Morrill, de 1862, el programa se puso en marcha, realmente, durante la reconstrucción fundamental de la doctrina militar americana, que tuvo lugar entre 1890 y 1920. Este período vio pasar a la Historia el antiguo ejército combatiente contra los indios. En lugar de empeñarse continuamente en acciones de política de fronteras, la finalidad primordial del ejército se convirtió en la preparación para una futura gran movilización. En consecuencia, se creó el Estado Mayor Central como organismo planificador, y se hizo nacer un sistema de reservas organizadas, que el ejército americano no había tenido, ni necesitado nunca, en el siglo XIX. El programa R. O. T. C. fué parte de ese desarrollo; su fin fué el de instruir oficiales de la reserva que fueran, en resumen, capaces de entrar en el ejército y asumir puestos de mando militar cuando la nación fuera movilizada para la guerra. Pero, después de la segunda guerra mundial, la política militar americana ha atravesado otra reconstrucción aún más trascendental en su naturaleza que la que precedió a la primera gran guerra. En lugar de tener pequeñas fuerzas regulares, respaldadas por una gran reserva y potencial de movilización, la necesidad ahora es de tener unas fuerzas en potencia sustanciales o, mejor dicho, profesionales. El problema fundamental que se plantean Lyons y Masland es: ¿Hasta qué punto se adaptan los programas R. O. T. C. a este paso de una estrategia de movilización a una estrategia de «disuasión»? La respuesta no es sencilla. El cambio ofrecía mucha menos dificultad en la marina que en cualquiera de los otros institutos armados, y una planificación cuidadosa e inteligente dió a la marina un punto de partida consistente. El problema, en las fuerzas aéreas, estaba complicado por su lucha de post-guerra para independizarse y por las dificultades en conocer sus propias necesidades. A pesar de todo, fué el ejército de tierra el que tuvo que enfrentarse con el mayor problema: su inmenso programa R. O. T. C. de entre guerras formaba parte integral de su sistema de reservas. Después de la segunda guerra mundial, el ejército estuvo desgarrado por continuas luchas dentro de sus mismas filas, entre aquellos que mantenían el viejo principio de la instrucción de reservas y aquellos que veían al R. O. T. C. como una fuente de oficiales para el servicio activo. Eventualmente, se llegó como resultado a una componenda inestable. Los autores siguen creyendo que «los

(35) ROTC, *Reserve Officers Training Corps*. Sistema encargado de la preparación teórica y práctica de los futuros oficiales de complemento (Reserve Officers), dentro de las Universidades, Escuelas y demás centros docentes. La explicación detallada de este programa sería muy larga y prolija, pero podemos indicar que sus detalles más sobresalientes son: que los estudios y prácticas se llevan a cabo durante el período escolar, intercalando las asignaturas militares dentro del programa de estudio con las propias de la carrera civil que se sigue, a cuyo efecto se añaden asesores militares al cuadro de profesores civiles, y que estos estudios se complementan con el servicio, durante el período reglamentario (dos años), en destinos de actividad de las fuerzas armadas, en los cuales el oficial de reserva ejerce la misma actividad, con los mismos derechos y obligaciones, que un oficial regular de su misma graduación. En la actualidad, un 70 por 100 de los cuadros de mando de las fuerzas armadas de los Estados Unidos está constituido por oficiales de la reserva activa. (N. del T.).

programas R. O. T. C. no contribuyen debidamente a la fuerte base de oficiales profesionales requerida para la fuerza en potencia».

El problema de tener soldados profesionales o potenciales altamente instruidos (36) es también el problema sociológico del soldado iletrado e «ineficaz» (37).

Este exhaustivo estudio de Ginzberg examina las fichas de los hombres que fueron, o bien expulsados por el ejército durante la segunda guerra mundial, o separados del servicio por defectos mentales o emocionales. Fueron los hombres que, según el punto de vista del ejército, no pudieron soportar los rigores de la guerra y, por consiguiente, no pudieron cumplir eficazmente con su deber. El resultado constituye una inapreciable fuente de datos y análisis sobre la planificación y operaciones de personal de las organizaciones a gran escala. Estos tres tomos nos muestran cuán poco sabíamos sobre las calidades humanas de la nación americana antes de la segunda guerra mundial, y suponemos cuán poco conocemos aún ahora.

A pesar de las precauciones adoptadas, tres cuartos de millón de hombres seleccionados para el servicio militar fueron licenciados durante la guerra a causa de defectos mentales o emocionales. Hasta cierto punto, ello fué debido a lo inadecuado del proceso de selección del ejército. Incluso, aunque el sistema de selección hubiera sido más afortunado, es evidente que se perdieron muchos hombres porque el ejército apenas tuvo en cuenta la importancia de los factores situación y organización para la determinación del rendimiento. Por ejemplo, el individuo cuyo derrumbamiento se produjo como consecuencia de estar alejado de su familia hubiera dado un rendimiento eficaz en cualquier otra situación que lo hubiera tenido cerca del hogar. Por otra parte, muchos casos de derrumbamiento moral pueden atribuirse a los cambios fluctuantes de criterio con respecto al personal, a la mala dirección y a otros aspectos del medio orgánico, que condujeron a los soldados a perder su confianza en el ejército, en los objetivos del esfuerzo bélico o en la necesidad de su propia contribución. Aunque poco podía hacer el ejército para cambiar las características psicológicas de cada soldado en particular, también es cierto, no obstante, que en ningún momento se aprovecharon los factores situación y organización tanto como debieron haberlo sido, en un esfuerzo para superar fallos personales, y así aumentar las posibilidades de rendimiento eficiente.

Finalmente, muy poco se ha hecho y, sin embargo, mucho hay por hacer en cuanto a estudios referentes a los efectos posteriores de un posible bombardeo nuclear. Con el desarrollo de los medios de lanzamiento, tales como los proyectiles balísticos de alcance medio e intercontinentales, los Estados Unidos se encuentran por primera vez en su historia vulnerables a un ataque aéreo en masa. Esto, unido al desarrollo de bombas H y armas termonucleares, con fantásticas fuerzas explosivas de 15 hasta 50 megatones

(36) Coronel CHARLES W. HOSTLER y coronel DONALD J. DECKER: «Scientists & Engineers for the Armed Forces», págs. 394-410 de la obra de JOSEPH S. ROUCEK: *The Challenge of Science Education* (New York, Philosophical Library, 1959).

(37) ELI GINZBERG, JAMES K. ANDERSON, SOLOMON W. GINZBERG y JOHN L. HERMAN: *The Ineffective Soldier: Lessons for Management and the Nation*: tomo I, *The Lost Divisions*; tomo II, *Breakdown and Recovery*; tomo III, *Patterns of Performance* (New York, Columbia University Press, 1959).

BIBLIOGRAFIA

de TNT, ha puesto a América en posición peligrosa si tuviese lugar un ataque. Las ciencias sociales, y especialmente los sociólogos, pueden contribuir a la creación de un plan de supervivencia nacional y prever los problemas que habrían de plantearse a la sociedad en el despertar siguiente a una catástrofe nacional de esa magnitud. Sin embargo, la literatura, salvo unas pocas excepciones, ha eludido todo intento de obrar así (38). La tarea no debe ser insuperable, ya que se tienen constancias documentales de catástrofes de distintas magnitudes y grados de destrucción que contienen datos empíricos de gran utilidad para un proyecto de este tipo (39).

Evidentemente, ahora y siempre es necesaria una investigación sistemática en este campo de la sociología militar si se quiere que el pueblo americano y el mundo occidental pueda prever los problemas que debe comprender un plan de supervivencia extenso y bien elaborado (40).

JOSEPH S. ROUCK

(38) JACK HIRSHLEIFER: «Some Thoughts on the Social Structure After a Bombing Disaster», *World Politics*, VIII, enero, 1956, págs. 206-227; LEONARD LOGAN, LEWIS M. KILLIAN y WYATT MARRS: *A Study of the Effect of Catastrophe on Social Disorganization* (Chevy Chase, Maryland; Operations Research Office, John Hopkins University, 1952).

(39) La destrucción de Pompeya, el terremoto de Lisboa en el siglo XVIII, el incendio de Chicago en el siglo XIX, la erupción volcánica de 1902 en la isla de Martinica, etc.

(40) Ver EDWARD A. TIRYAKIAN: «Aftermath of a Thermonuclear Attack on the United States: Some Sociological Considerations», *Social Problems*, VI, 4 (primavera de 1959), págs. 291-303; JOHN M. FOWLER, Ed.: *Fallout: A Study of Superbombs: Strontium 90 and Survival* (New York, Basic Books, 1960).